

Universidad del Salvador

Facultad de Ciencias de la Educación y de la Comunicación Social

Licenciatura en Periodismo

Tesis monográfica/Tesina

De la imagología al mito del eterno retorno

Los debates televisivos como medida de la suplantación de la ideología por la imagen de los candidatos en los procesos políticos inherentes a las sociedades posmodernas (Argentina 1997 – 2007)

Estudio de caso: Análisis ilustrativo de los debates entre los candidatos emitidos por el programa *A dos voces (TN)* durante el 2007

Realizado por: Federico Di Benedetto

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Directora de la Carrera de Periodismo: Lic. Erica Walter

Tutor de la tesis monográfica/tesina: Prof. Rubén Morales

Asesor metodológico: Prof. Leonardo Cozza

Asignatura: Seminario de Investigación Periodística

Cátedra:

Pilar, 14 de febrero de 2008

fededb@hotmail.com

15 5 184 0909

Abstract

Esta tesina intenta reflexionar sobre la idea de que la imagen de los candidatos prevalece por sobre la ideología en los procesos políticos inherentes a las sociedades posmodernas. La primera parte del trabajo reúne conceptos esencialmente teóricos relativos al espacio público, la política, la televisión y las ideologías. La intención no es mantener a todos y cada uno de estos componentes como compartimentos estancos sino conjugarlos para lograr una comprensión integral de los fenómenos actuales.

La segunda parte contiene la aplicación práctica de lo que hasta entonces se mantuvo en abstracción. Y la elección de los debates televisivos como corpus susceptible de ser analizado no es aleatoria sino que obedece al siguiente razonamiento: si acaso en los debates, instancias esencialmente dialécticas y destinadas a la discusión de ideas, éstas quedan en un segundo plano y la imagen de los candidatos es el sustrato fundamental a partir del cual se construyen y relacionan los discursos, entonces estarían casi agotados los escenarios destinados a la transmisión ideológica y la imagen se erigiría como el componente señalado para reemplazar aquellas viejas prácticas de la política

Finalmente, tanto la descripción teórica del estado actual de ciertos mecanismos sociales así como también su consecuente correlato en la práctica, nos obligan a realizar un intento histórico y evolutivo por explicar la realidad: ¿no estaremos volviendo hacia estadios básicos y primitivos que suponen un brutal empobrecimiento de las experiencias humanas en general y de la comunicación política en particular?

VIDEO-POLÍTICA

DEBATES TELEVISIVOS

IMAGOLOGÍA

MITO DEL ETERNO RETORNO

Índice

Introducción -----	página 3.
Capítulo 1	
La crisis de la modernidad -----	página 5.
Dinámica de cambio en los espacios públicos -----	página 8.
La telepolítica -----	página 10.
Capítulo 2	
La televisión -----	página 13.
La política en televisión -----	página 17.
La comunicación política moderna -----	página 21.
Capítulo 3	
Sobre las ideologías hoy -----	página 24.
La imagen -----	página 28.
Capítulo 4	
El Debate Capital -----	página 34.
Capítulo 5	
La imagología -----	página 58.
El mito del eterno retorno -----	página 59.
Tres objeciones seculares -----	página 63.
Conclusión -----	página 65.
Bibliografía -----	página 67.
Apéndice -----	página 70.
Anexo -----	página 75.

Introducción

Tortuoso menester el intentar abordar cualquier fenómeno político sin descuidar la multiplicidad de factores que se conjugan para su producción y efectiva realización. Quizás el desafío sea aún mayor por querer amalgamar en un sólo cuerpo de análisis dos sustratos que se encuentran en permanente mutación: la sociedad y la televisión. Sin embargo, al presionar el control remoto y vislumbrar que la política vernácula se juega todos los días en la pantalla chica, cualquier esfuerzo por generar conocimientos ignotos habrá valido la pena (en rigor la relación entre la política y la televisión ya ha sido harto analizada, aunque no todavía desde el punto de vista de los debates). E intentar un comienzo claro mediante la definición de la Argentina como una sociedad posmoderna marca la propia exactitud del reto. Las esperanzas de la modernidad han claudicado y emergen entonces una serie de relatos no totalizadores, parciales, con razones circunstanciales, que no tienen valor a largo plazo. Nos encontramos al borde la modernidad, en un tiempo de carácter posmoderno, polisémico, parcial en valores y en sentidos. La razón ha dejado de ser una buena *razón* para guiar el destino de las sociedades contemporáneas. En ese contexto se produce una profunda mutación de la concepción clásica del espacio público. La televisión se erige como el sustituto perfecto de la plaza y del contacto directo, mientras que la tele-política se ofrece como catalizador de las dinámicas sociales dentro de una realidad cada vez más fragmentada.

La tesis madre de este trabajo descansa en la idea de que la imagen de los candidatos prevalece por sobre la ideología en los procesos políticos inherentes a las sociedades posmodernas. Y la elección del debate como corpus susceptible de ser analizado no es aleatoria sino que obedece al siguiente razonamiento: si acaso en los debates, instancias esencialmente dialécticas y destinadas a la discusión de ideas, éstas quedan en un segundo plano y la imagen de los candidatos es el sustrato fundamental a partir del cual se construyen y relacionan los discursos, entonces estarían casi agotados los escenarios destinados a la transmisión ideológica y la imagen se erigiría como el componente señalado para reemplazar aquellas viejas prácticas de la política. Al no existir (hasta el momento) estructuras metodológicas compactas y comúnmente aceptadas para el abordaje analítico de los debates, desde aquí se intentan proponer algunos

principios básicos a partir de los cuales no sólo se podrá descomponer al debate televisivo en sus caracteres fundacionales (tanto imagen como palabra) sino que servirán también como pilares fundamentales para la comprobación o refutación final de la tesis propuesta inicialmente.

Pero antes de realizar un abordaje estrictamente pragmático del debate televisivo, será preciso definir y analizar algunos de los términos fundamentales. En primer lugar se presenta una propuesta binaria para la comprensión integral de la televisión: por un lado como artefacto y medio de comunicación masivo, y por otro lado como intermediario y condicionante de los mensajes políticos susceptibles de ser transmitidos a toda la sociedad. La comunicación política moderna se construye en favor del ágora televisiva y los sujetos depositarios de las esperanzas públicas, los políticos, deben incorporar una serie de caracteres propuestos desinteresadamente por el medio para lograr que sus mensajes, eventual y felizmente, se traduzcan en votos efectivos el día del escrutinio final. En segundo lugar se examinan las dos variables fundamentales de este trabajo (ideología e imagen) que se relevan mutuamente para decretar el definitivo ocaso de unas y la posible consolidación de otras. Este pasaje traería aparejado un grado de simplificación altamente nociva para cualquier proceso democrático. Al centrarse las posibilidades inherentes a las distintas facciones políticas en la *performance* televisiva de un solo político, su competencia o incompetencia para dichos menesteres es la que podría catapultarlo hacia la victoria o enterrarlo en una profunda derrota. Las plataformas y los planes, las estructuras partidarias y sus ideologías, serían desechados en favor del valor de unas cuantas imágenes vacías de contenido.

Finalmente se sustrae una terminología inherente a una producción literaria que expone de manera fiel el pasaje de la ideología hacia una preponderancia de la imagen en los procesos políticos de nuestro país. La *imagología* resume todo el desarrollo teórico realizado en este trabajo y se configura en el disparador de un intento histórico y evolutivo por explicar la realidad: ¿no estaremos volviendo hacia estadios básicos y primitivos que suponen un brutal empobrecimiento de las experiencias humanas en general y de la comunicación política en particular?

Capítulo 1

“Como otras naciones de América, la Argentina vive el clima de lo que se llama “posmodernidad” en el marco paradójico de una nación fracturada y empobrecida”.

Escenas de la vida posmoderna

Beatriz Sarlo

La crisis de la modernidad

Intentar definir a la Argentina como una sociedad posmoderna sería un completo despropósito si acaso no nos remitiéramos, primero, a un estadio precedente y necesario llamado modernidad. Este último nos habla de todo lo que fuimos viendo en este siglo XX pero, básicamente, a todo lo vivido desde aquel legado del Proyecto de la Razón Ilustrada del XVIII. Aquél proceso de racionalización de la verdad en todos los planos de la vida y la sociedad tuvo como eje central a una base científico-técnica a partir de la cual se desprendían distintas esferas del saber de la razón: la esfera cognitiva, de la ciencia; la esfera normativa, de la ética; la esfera de la moral, de la política; la esfera expresiva, la del arte.

Dicho proceso debía ser entendido como *objetivación histórica de estructuras racionales*. El mundo pasa entonces a ser un momento objetivizable racionalmente, un proyecto en el cual el ser humano está trabajando y llevando lo histórico a un momento objetivo vía racional. Atrás quedan lo legados divinos, las santas intervenciones en el destino y el determinismo religioso que pone a Dios como titiritero absoluto de la conciencia y el obrar del hombre. En definitiva, esta racionalidad se plantea que es necesario saber y preguntarse de manera permanente, humanamente, por el sentido de la historia.

En un abordaje introductorio y liminal, podríamos decir que la posmodernidad, en cambio, nos habla de una noción conceptual que nos sitúa más allá, cronológicamente, de la modernidad. Sin embargo, existe detrás de esta aparente frivolidad un corte cultural profundo: se agotaron las razones de la modernidad, sus capacidades de dar cuenta de la

propia historia. La razón crítica ilustrada no pudo ser más que un fracaso y una pesadilla. Desde la segunda posguerra en adelante, aquello que denominábamos modernidad pareciera que ha quedado en situación de obsoleto, incapacitado de dar respuesta a todas las grandes preguntas. Las ideas, las esferas del saber, ya no pueden cumplir eficazmente esa misión. Entra en crisis el proceso racionalizador (fundado en la razón) del proyecto moderno.

Ciertamente la transición, el pasaje de un modelo al otro, es harto conflictivo. De allí se desprenden una serie de vicisitudes que, lo por un lado marcan un corte pero, por otro, caracterizan de manera irrefutable este nuevo proceso histórico posmoderno que desde aquí se intenta retratar¹:

La crisis del sistema capitalista: aunque no signifique una situación terminal, se trata de una crisis de reformulación. A mediados de la década de 1970 se acaba la ola expansiva del desarrollo sostenido del capitalismo, que se iniciara en la segunda posguerra, y comienza a prevalecer el capital especulativo financiero por sobre el clásico capital de inversión industrial.

La crisis del Estado de Bienestar: se ha dejado de lado al Estado que interviene en la sociedad decidida y categóricamente, intentando ordenar lo social y lo político en relación a las impredecibles alternativas del mercado. Nada queda de aquel modelo protector, distribucionista, garante de la política del pleno empleo y organizador de la fuerza de trabajo.

La crisis del proyecto político e ideológico alternativo al sistema capitalista: ni el socialismo, ni el comunismo, ni los diferentes nacionalismos pudieron ofrecerse como plataforma sustentable a partir de la cual se podrían amalgamar modelos alternativos a las intenciones capitalistas. Inclusive Francis Fukuyama² sostiene esta idea de que el liberalismo político y económico prevaleció, en parte, por la incapacidad del sistema de generarle opciones viables al capitalismo. Ese así como llegamos, irremediablemente, al “fin de la historia”.

La crisis de los sujetos sociales históricos: el cambio social que iba a ser impulsado por la clase obrera, esa clase explotada pero mesiánica en el sentido que

¹ CASULLO, Nicolás; *Itinerarios de la modernidad*; Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 196-200.

² FUKUYAMA, Francis; *¿El fin de la historia?*; Estados Unidos, Universidad de Chicago Press, 1988.

contenía en ella la posibilidad de construir un nuevo mundo poscapitalista, nunca llegó a concretarse. Una pérdida del poder sindical y político, sumado a una prolongada interrupción de su crecimiento cuantitativo y cualitativo, convierten a la clase obrera en un sujeto social cargado de una fuerza de cambio pero incapaz de plasmar esa potencialidad en los hechos reales.

La crisis de la sociedad del trabajo: implica una ruptura en el constante aumento de las fuerzas productivas de la sociedad que, no casualmente, coinciden con la clásica inversión capitalista. Zygmunt Bauman³ alude a este proceso como el pasaje de la “sociedad de productores” a la “sociedad de consumidores” donde los individuos son simultáneamente los promotores del producto y el producto que promueven.

La crisis de las formas burguesas de lo político y la política: la capacidad de actuación de la forma tradicional de partido político, las formas tradicionales de representación, la capacidad de persuasión de los partidos políticos y su posibilidad de diferenciarse tanto política como ideológicamente entre sí. Aquellos partidos políticos que aparecían en la modernidad clásica como instancias realmente confrontadoras, ya sea por inscripción de clase, por programas u horizontes opuestos, aparecen hoy como estructuras sociales disfuncionales e inertes.

La escena de nuestra actualidad nos muestra, por lo tanto, profundas mutaciones en todos los planos, y nos sitúa en lo que Raymond Williams llama la “oscuridad del futuro”. La historia de las grandes ideas modernas, fundamentadoras de un proyecto ilustrado, parecería estar concluida. Dicha capacidad de dar fundamentos desde la razón ilustrada está alcanzando un límite insuperable. Jean Francois Lyotard coincide con esta postura al plantear que el tiempo moderno ha concluido porque los grandes relatos que supieron darle una referencia racional, un horizonte y una guía de acción, han claudicado. Emergen entonces una serie de relatos no totalizadores, parciales, con razones circunstanciales, que no tienen valor a largo plazo. Con lo cual, nos encontramos al borde la modernidad, en un tiempo de carácter posmoderno, polisémico, parcial en valores y en sentidos.

En definitiva, detrás de todas estas concepciones hay un sujeto en crisis: un sujeto portador de la razón, de los saberes y de la verdad. Y es aquí donde la crisis de la

³ BAUMAN, Zygmunt; *Vida de Consumo*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

modernidad se conjuga con la declinación del sujeto pensante para dar lugar a unas primeras reflexiones basadas en la tesis madre de este trabajo. ¿No contribuye acaso la massmediatización de nuestras experiencias de la vida cotidiana a la alienación del sujeto pensante? Estamos atravesados por apariencias, por señuelos, por virtualidades, por ochenta y cinco canales que hacen de la realidad un simulacro que se encuentra más allá de nosotros mismos. Ya no hay sujeto moderno y pensante a partir de la fragmentación de lo real. Esto nos permite pensar si acaso aquel sujeto pensado como paradigma y fundamento de lo moderno sigue existiendo. ¿Y si en rigor se ha esfumado?

Dinámica de cambio en los espacios públicos

Con la firme intención de trazar una evolución histórica de los distintos espacios públicos, sería recomendable hacer una primera división entre dos grandes tendencias: por un lado se encuentran las dos principales referencias canónicas como lo son el espacio público griego y el espacio público burgués, mientras que por otro lado reconocemos un espacio público “nuevo” matizado a partir del advenimiento de las democracias de masas y de los medios de comunicación a gran escala⁴.

En la Grecia clásica el espacio público estaba configurado por la plaza pública, conocida entonces como el *ágora*. Ese era el lugar donde la gente se reunía a discutir y debatir sobre los asuntos relativos al gobierno de la ciudad. El ámbito político griego tiene un carácter esencialmente público que lo distingue del ámbito económico cuyo eje axial se desarrollaba en los aposentos de los ciudadanos. Puesto en términos aristotélicos, a la política le corresponde la *praxis*, es decir, la acción común concertada, mientras que a la economía le corresponde la *tekné*, es decir, el trabajo y sus derivados. Política entonces es sinónimo de esfera pública, de discusión y debate. Un precedente fundacional queda sellado para el resto de la historia (o por lo menos para las intenciones de nuestro ensayo): cada individuo debe sobresalir para conseguir la gloria a partir de las “nobles palabras” pronunciadas en la plaza pública. Por su parte, desde la Ilustración se crea el

⁴ FERRY, Jean-Marc; *El Nuevo espacio público (síntesis)*; Barcelona, Gedisa, 1992.